

Thomas Mann: mínimo homenaje

"Su presencia era irresistible. Su ausencia es irresistible. Pero su ausencia está llena de presencia y su presencia ¿no estaba hecha principalmente de ausencia? Su ser y su no ser están maravillosamente unidos." En su libro de memorias, Monika Mann comenta con estas palabras la reciente muerte de su padre. El día doce de este mes de agosto se cumplieron diez años de esa muerte. En vida, Thomas Mann se encontraba ya entre los autores contemporáneos que mayor atención han recibido de la crítica. Desde su muerte, nuevos estudios e interpretaciones han aparecido, asegurando la continuidad de esa atención, que no parece disminuir. Y sin embargo, se siente imposible dejar pasar este décimo aniversario de la desaparición física de uno de los grandes escritores de nuestro siglo sin hacer, brevemente al menos, otra llamada.

Erika, la mayor de las hijas de Mann, recuerda que en sus últimos años, su padre le confesó: "Cuando uno se hace viejo y debe morir son muchas las cosas que nos oprimen... Una gran inquietud y melancolía se ciernen sobre mis días postreros." El tono de estas palabras está de acuerdo con la aguda tristeza de uno de sus últimos ensayos, el dedicado a Chejov, que sostiene como un constante *leit motiv* la frase de Próspero en *La tempestad*: "And my ending is despair"; pero concluye con la

en la realidad de la forma. Pero esta misma al carecer de todo apoyo vital tiene que buscarse en la tradición, en los ejemplos anteriores. Así, se convierte en parodia. Toda la obra de Mann es antes que nada una voluntaria, gigantesca parodia. Sólo que esta parodia no está dirigida a la negación, sino que busca hacer posible la realidad misma que su forma niega al darle nueva forma. La vida se convierte en una pura representación; pero una representación *significante*, que no se pierde en la nada, sino que se recupera a través del arte. Es él entonces el que la dota de sentido y adquiere de este modo una categoría moral. Mediante este proceso, el sujeto pierde su carácter puramente subjetivo. Éste se cristaliza en la obra, objetivándose y haciendo comunicable su realidad.

Gracias a esta particular concepción, Thomas Mann consiguió reconciliar siempre su voluntad de negación y su impulso creador. De ella se desprende ese carácter cerrado y clásico de su obra, y la sorprendente dirección de su desarrollo como artista. Siguiendo las revelaciones que él mismo nos dejó en el *Boceto de mi vida* y otras cartas y fragmentos autobiográficos, es admirable y conmovedor constatar la evolución que lo llevó desde el decadentismo romántico del joven escritor perseguido por la idea del suicidio hasta la serena madurez que hizo posible la realización de *José y sus hermanos*, la



Thomas Mann, con Katia, su mujer, y Erika, su hija mayor

esperanzada afirmación de que, aunque el artista no tiene respuesta para las preguntas finales, debe seguir "contando historias, dándole forma a la verdad, esperando oscuramente, algunas veces casi confiadamente, que la verdad y la serena forma ayudarán a liberar el espíritu humano y a preparar a la humanidad para una mejor, más amable y meritoria vida". En esta continua oscilación de Mann entre su profundo pesimismo, su irreductible apego a la verdad última del conocimiento trágico y la fe en el consuelo que el arte puede comunicar a través de la belleza y la verdad de la forma, descansa toda su obra, y es ella la que convierte su radical negación en espléndida afirmación.

No entra en los propósitos de este breve homenaje intentar un examen crítico de esa obra. Mann es uno de los autores que con mayor pasión y sinceridad enfrentó los problemas de su tiempo. Hizo de ellos el alimento básico de su literatura. Pero el juego dialéctico que se establece entre el pesimismo vital, el último fondo nihilista de la posición de su autor y la poderosa realidad de la creación pueden conducirnos al secreto del valor de su forma y su segura permanencia. Mann procuró siempre que su obra no negara su procedencia. Desde *El pequeño señor Friedemann* y *Los Buddenbrook*, sus primeras creaciones, hasta *La engañada* y *Las memorias del estafador Félix Krull*, que se cuentan entre las últimas, sus novelas, cuentos y ensayos críticos, descansan en la aceptación, unas veces serena y sonriente, otras trágica y destructiva, de ese camino del conocimiento que conduce a la nada. Su continuo replanteamiento del eterno conflicto entre vida y espíritu, los múltiples enfrentamientos entre estas dos fuerzas que nos ofrece su obra, nos son presentados una y otra vez como una irónica confrontación dentro de la que la única respuesta se encuentra

cíclica "comedia de lo divino", en la que la enciclopédica suma de conocimiento se une a una sonriente aceptación del "alto juego de la vida", y más adelante la sostuvo a lo largo de la dolorosa creación de *Doctor Faustus*, su último y más terrible lamento nihilista.

Detrás de toda esa literatura enorme y grandiosa, se oculta la voluntad de mantener la posibilidad de la creación, en el más alto sentido de la palabra y por encima de todos los elementos críticos disolventes que la amenazan insinuando su imposibilidad, como una obligación moral, esa obligación que es la única que conduce al artista del campo del espíritu puro al de la vida, haciendo efectiva su momentánea reconciliación. Thomas Mann fue siempre fiel a ella. La carencia total de datos llamativos en su biografía, más allá de los que describen la realización de sus obras, y que con tanta claridad definen el sentido de esa "presencia llena de ausencia" de que habla Monika Mann, afirman también la verdad de sus repetidas declaraciones sobre su vida como una fuerza extraída de la debilidad y dirigida a la continua realización de su tarea creadora. En ella se encuentra su verdadera presencia. A través de ella, que encuentra en la magia de su forma el más efectivo medio de conducir al hombre más allá de su dolor, las palabras que Hermann Hesse pronunció en su discurso fúnebre en honor del "querido amigo y del gran colega" se hacen cada vez más auténticas al cabo de diez años: "Lo que podríamos encontrar tras su ironía y su virtuosismo, en materia de corazón, de fidelidad, de responsabilidad y de disposición para el cariño... será, precisamente, lo que su obra y su recuerdo transmitirán, más allá de los oscuros tiempos presentes, a la lejana posteridad."

JUAN GARCÍA PONCE